

# EL COMERCIO

REVISTA CIENTÍFICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA.

REGALO A LOS SUSCRITORES.

PRECIO EN VENTA 0'20 DE PTA.

## SUMARIO.

TEXTO.—Un episodio de la vida del célebre ladrón Mandrin, (conclusion) por X.—Cansons populars d' Alemania, traduccion de D. M. O. Bennassar.—El Abencerraje, novela histórica española, escrita por D. A. de Villegas.—A. P. G. por F. Casanovas Mir.—Solucion.

GRABADOS.—Recuerdos. Una taberna, (por D. N. Reste).—Tipos populares. La vendedora de naranjas, (por el mismo pintor.)

## UN EPISODIO

DE LA VIDA DEL CÉLEBRE LADRON MANDRIN.

(CONCLUSION.)

GUARDAD mi dinero, les decia; pero mi Anita..... mi Anita.....

—Basta, respondió Charolais, yo no perdono á los que me insultan..... Vámonos; adios, voy á buscar á vuestra novia.

En vano quiso lanzarse sobre ellos Mauricio, las espadas asestadas contra él le detuvieron. Charolais y los demás desaparecieron cerrando la puerta tras de ellos. Mauricio daba saltos de furor y trataba de romper la puerta. Entonces Mandrin se levantó y se dirigió á él

diciendo:

—¿Para qué tratas de salir? ¿para encontrar detrás de esa puerta una espada que te mate?

—¿Quién sois? preguntó Mauricio.

—¿Qué te importa, si te devuelvo la libertad y te proporciono los medios de vengarte de los que quieren hacerte mal?

—¿Qué oigo? ¿Qué debo hacer?

—Obedecerme.

Entonces Mandrin se quitó el disfraz de viejo, se dirigió despues á la ventana y sacando un silbató dió un agudo silbido al que respondieron á lo léjos.

Estremeciósé Mauricio al oír aquella señal, y dirigiéndose á Mandrin, en quien ya no veía un anciano:

—¿Quién sois, caballero? le preguntó.

—Si te lo digo vas á tener miedo.

—¡Miedo de vos que me ofrecéis ayudarme á vengarme!.....

—Sea enhorabuena..... pues bien, soy Mandrin.

Al oír este nombre, Mauricio dió tres pasos atrás.

Mandrin enseñándole una escala de cuerda que le habian arrojado desde fuera, le dijo:

—Aquí hay una escala, ¿me voy solo?

—¿Y salvaremos á Anita?

—La salvaremos. Y yo volveré á coger á mi banquero, dijo para sí Mandrin.

Era duro para Mauricio, que era un jóven honrado, asociarse á un ladrón; titubeó un momento, pero la necesidad le obligó. Sacaron las piernas fuera de la ventana, colocaron el pié en la escala y desaparecieron.

## II.

En el bosque de Bolonia al lado de uno de los fondines que existian en 1754 en aquel sitio, y donde desde muy antiguo van á pasar la tarde de los dias festivos las gentes del pueblo de París, se veía á Charolais, Conteville y otros en traje de pasantes de procurador con una linda jóven. Era Anita á quien habian ido á buscar en nombre del pobre Mauricio, que tan imprudentemente habia hecho en la casa de juego la confianza de sus amores. Decíanse compañeros suyos y que tenian encargo de acompañarla al bosque de Bolonia donde verian de encontrar á su amante, que habia preparado para ellos y en obsequio de su amada, un modesto festin. Como Anita sabia que Mauricio la preparaba un obsequio, no tuvo dificultad en seguir-

los. Hacia ya algun rato que se hallaban en el bosque de Bolonia y no veía venir á Mauricio, lo que le causaba bastante inquietud.

Entre los varios grupos de gentes que andaban por aquel sitio destinado al placer y la diversion, notábase á Mandrin, del cual se habia separado su jóven protegido desde que se habia visto en la calle, porque se hallaba tan asustado del peligro de que acababa de escaparse como en el compromiso en que se encontraba viéndose al lado de un bandido, diversas veces pregonada y puesta á precio su cabeza. Mandrin, de quien hemos dicho que tenia en ocasiones el placer de favorecer á los pobres contra los ricos, por su ódio grandísimo á los señores y poderosos de su época que tiranizaban á los pobres, arrebatándoles hasta el honor, estaba allí para poder proteger á Mauricio en cualquier cosa que ocurriese. El conde de Charolais no podia tranquilizar á Anita, que cada vez estaba mas alarmada al ver lo que tardaba su amante. El conde Charolais la dijo que estaba allí con sus amigos para reemplazarle, y que si no le creia á él mas á propósito para amarle que á Mauricio. Este lenguaje empezó á alarmar sériamente á Anita, que se resistió á ponerse á la mesa cuando la instaban aquellos jóvenes libertinos. Importunados ya con las súplicas y temor de Anita, y medio borracho Conteville, rompió la reserva y dirigiéndose á Charolais, le dijo:

—¿Qué aguardais, señor conde?

Sorprendida quedó Anita al oír llamar así al que ella tenia por un compañero de su amante. Trató de marcharse.

Charolais entónces la detuvo diciéndola:

—No te defiendas..... ¿No quieres que bailemos?

—Dejadme, caballero. Ahora comprendo todo.... Sois un gran señor que os habeis burlado de mí. ¿Y mi pobre Mauricio? ¿lo habeis tal vez muerto?

—¡Muerto! ¿por qué?

—Vamos, vamos, conde, dijo Conteville.

En aquel momento se vió á Mauricio que venia corriendo, y entró en la fonda perdiéndose entre la muchedumbre.

Anita trató de huir.

Cuando iba á detenerla Charolais se presentó Mauricio detrás de él en el momento en que el conde la estaba diciendo:

—Pues bien, si, soy un gran señor. Me llamo el conde de Charolais, y ten cuidado, niña, porque los que me insultan ó me ofenden.....

—Los matais..... cuando se dejan matar, señor conde, dijo presentándose Mauricio.

Entonces Anita se arroja en sus brazos.

—Si, Anita, tu amante, tu futuro, tu marido, te salvará ó morirá contigo.

Y arrancando el sable á un guardia francés que se hallaba en la fonda se dirigió al conde diciéndole:

—Puesto que os habeis hecho pasante de procurador no resistireis batiros conmigo.

¡Batirme! respondió el conde con desden. ¡Ja ja, ja!

—¿Por qué no? Yo valgo mas que vos.... soy un hombre honrado y vos sois un pícaro... porque yo llevo un nombre honroso y vos deshonorais el vuestro y sois un aventurero... Los verdaderos nobles todo el mundo los respeta, pero á vos os desprecia.

Los amigos de Charolais quisieron arrojarle sobre Mauricio.

Detúvoles Charolais y le dijo:

—Vamos á batirnos, bribon.... Voy á matarte porque me obligas á ello, y el ruido de esa orquesta que guia á los que bailan, será la que celebre tu muerte. Una espada, una espada.

En aquel momento se presentó el conde de San German, y le dijo:

—Aqui tenéis la mia, señor conde.

Estremecióse Charolais al ver á San German.

Este le dijo:

—Os habia ofrecido que nos veríamos algunos minutos antes de vuestra muerte.... y he venido á cumplir mi palabra.

—Embustes, trapacerías y farsas. Acepto, sin embargo, vuestra espada, caballero.

Comenzaron á batirse. Anita corrió á colocarse al lado del conde de San German ocultando el rostro en sus manos. Batíase bien Charolais, como que en toda su vida no habia hecho mas que el oficio de espadachin. Espectáculo raro era ver allí á dos hombres batirse denodadamente, en un sitio donde el vino y la sangre corrian á la vez, donde la música y los cantares alegres llenaban los aires. De pronto quedó herido Charolais.

El conde de San German se acercó entónces á él, y mirándole, le dijo:

—Os lo habia predicho.

Mauricio dejó su espada y se dirigió á reunirse con Anita.

Pero todos los caballeros cómplices en los desórdenes de Charolais quisieron echarse sobre él. Entónces el conde de San German con



un tono imponente de autoridad y estendiendo la mano, les dijo:

—¿Quién se atreverá á amenazar á quien la mano de Dios ha conducido aquí?

—Dejadle, dejadle, yo tengo medios de corregir á ese bribon sin que lo hagamos por nosotros mismos, y al mismo tiempo dió un grito: ¡Ah de mis gentes!

—¡Ah de mis gentes! gritó á su vez presentándose en medio Mandrin.

Una porcion de gentes, que no eran mas que ladrones disfrazados, acudieron gritando:

—¡Mandrin!

Al oír este nombre, Conteville palideció. Entónces uno de los caballeros gritó, llamando á los guardias franceses.

—¡A los ladrones!

Huyeron las mugeres, desapareciendo toda la concurrencia de la fonda, y acudieron los guardias, los amigos de Conteville y los ladrones de Mandrin. Hubo una verdadera refriega, disparáronse varios pistoletazos, y se dieron sendas estocadas; pero Mandrin y los suyos estaban acostumbrados á esta clase de trances, y salvaron á Mauricio y Anita que se habian agarrado del brazo del conde de San German.

Mandrin pudo retirarse con toda seguridad, y continuó por mucho tiempo todavía el curso de sus peligrosas aventuras y proezas.

El conde de Charolais quedó muerto.

Se habia cumplido la prediccion del conde de San German.

X.

CANSONS POPULARS D' ALEMANIA.

VI.

SORT.

Que jo no la havia vista  
Feya ja dos ó tres anys:  
Ahí, passant per ca 'séua,  
La vaig trobá en el portal.

Volqué darme una besada  
Quant li vaig esser devant;  
Sa mare no ho 'via de veure,  
Y sa mare l' afiná.

—«¡Ay, filla, la filla meua!  
¿Y ara que ja 't vols casar?

¿Que 't succehirá si 't casas?  
¡Deu meu! ¿Que 't succehirá?

Com veurás altres fadrines  
Que s' en 'nirán á n' el ball  
Totes contentes y alegres,  
Llavors t' en penedirás.

Y tu, pobreta nuvia,  
Prop d' un bres haurás d' estar  
Dins ca 'teua, y per ventura  
Bon mal de capet tendrás.

Per més ben encés qu' estiga,  
Un foch se pot apagar;  
Pero l' amor no s' apaga,  
No s' apaga ara ni may.»

*Trad. de*

M. OBRADOR BENNASSAR.

EL ABENCERRAJE.

NOVELA HISTÓRICA ESPAÑOLA.

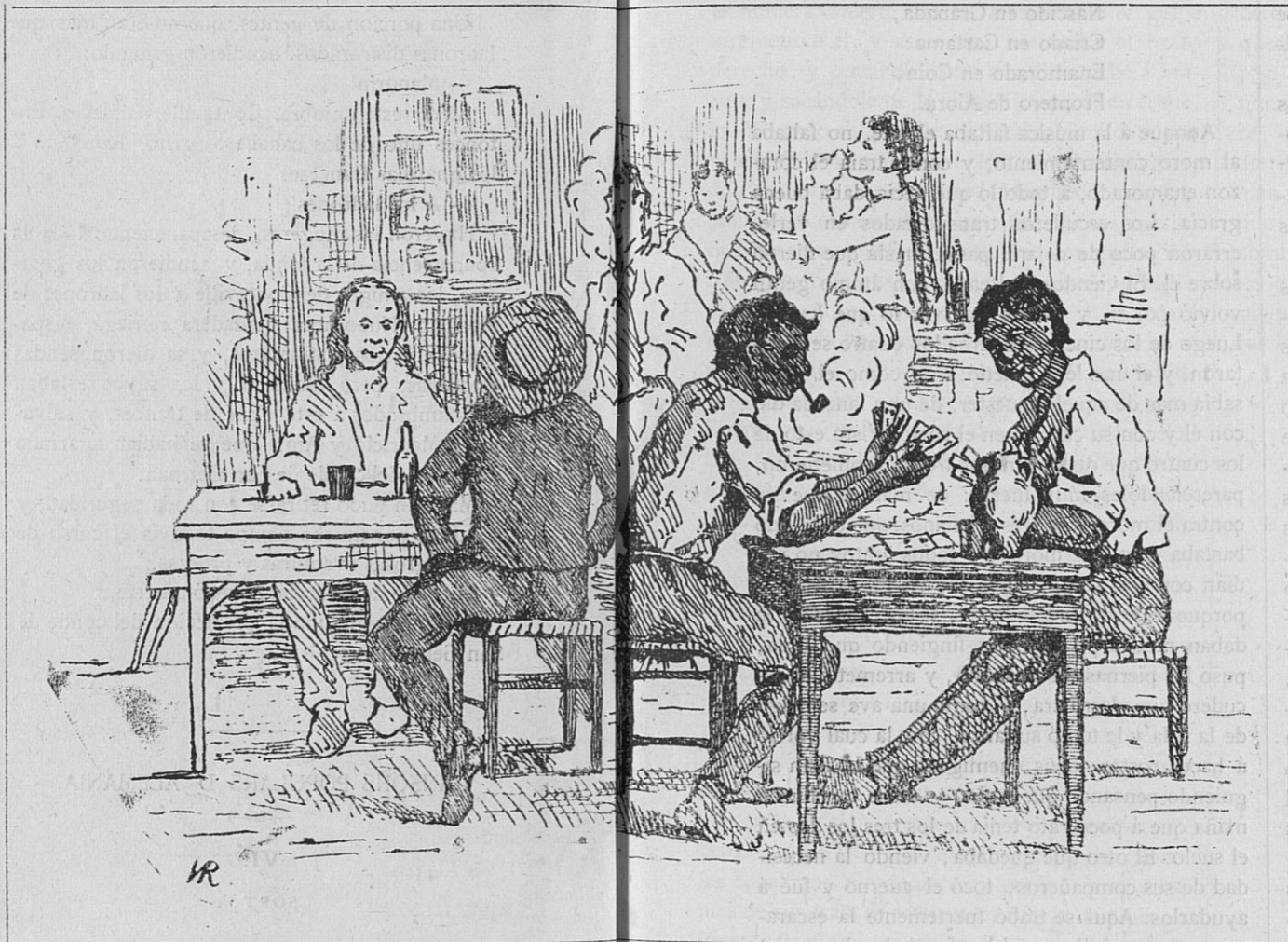
ESCRITA

POR ANTONIO DE VILLEGAS (\*)

Dice el cuento, que en tiempo del Infante don Fernando, que ganó á Antequera, fué un caballero que se llamó Rodrigo de Narvaez, notable en virtud y hechos de armas. Este, peleando contra moros, hizo cosas de mucho esfuerzo, y particularmente en aquella empresa y guerra de Antequera hizo hechos dignos de perpetua memoria: sino que esta nuestra España tiene en tan poco el esfuerzo (por serle tan natural y ordinario) que le parece, que cuanto se puede hacer es poco: no como aquellos romanos y griegos, que al hombre que se aventuraba á morir una vez en toda la vida, le hacian en sus escritos inmortal y le trasladaban á las estrellas. Hizo pues este caballero tanto en servicio de su ley y de su Rey, que despues de ganada la villa, le hizo Alcaide de ella, para que, pues habia sido tanta parte en ganalla, lo fuese en defendella. Hizole tambien Alcaide de Alora; de suerte que tenia á cargo ambas fuerzas, repartiendo el tiempo en ambas partes, y acudiendo siempre á la mayor necesidad. Lo mas ordinario residia en Alora, y allí tenia cincuenta

(\*) Este lance histórico aconteció muy á principios del siglo XV y sobre él hizo esta novela. Antonio de Villegas á mediados del XVI, la cual imprimió con otras obras suyas en Medina del Campo en 1577 con el título de: *Inventario de Antonio de Villegas.*





UNA TIBERNA.

(Por D. N. Reste.)



escuderos hijos-dalgo, á los gages del Rey, para la defensa y seguridad de la fuerza: y este número nunca faltaba como los inmortales del Rey Darío, que en muriendo uno ponía otro en su lugar. Tenían todos ellos tanta fé y fuerza en la virtud de su capitán, que ninguna empresa se les hacia difícil; y así no dejaban de ofender á sus enemigos y defenderse de ellos, y en todas las escaramuzas que entraban salían vencedores, en lo cual ganaban honra y provecho, de que andaban siempre ricos. Pues una noche acabando de cenar, que hacia el tiempo muy sosegado, el Alcaide dijo á todos ellos estas palabras:

Paréceme hijos-dalgo, señores y hermanos míos, que ninguna cosa despierta tanto los corazones de los hombres, como el continuo ejercicio de las armas: porque con él se cobra experiencia en las propias, y se pierde miedo á las ajenas. Y de esto no hay para que yo traiga testigos de fuera; porque vosotros sois verdaderos testimonios. Digo esto, porque han pasado muchos dias que no hemos hecho cosa, que nuestros nombres acrecienta, y seria yo de dar mala cuenta de mi y de mi oficio, si teniendo á cargo tan virtuosa gente y valiente compañía dejase pasar el tiempo en valde. Paréceme (si os parece), pues la claridad y seguridad de la noche nos convida, que será bien dar á entender á nuestros enemigos, que los valedores de Alora no duermen. Yo os he dicho mi voluntad, hágase lo que os pareciere. Ellos respondieron, que ordenase, que todos le seguirían. Y nombrando nueve de ellos, los hizo armar: y siendo armados, salieron por una puerta falsa que la fortaleza tenia, por no ser sentidos, y porque la fortaleza quedase á buen recaudo. Y yendo por su camino adelante, hallaron otro que se dividía en dos. El Alcaide les dijo: ya podría ser que yendo todos por este camino se nos fuese la caza por este otro. Vosotros cinco os id por el uno, yo con estos cuatro me iré por el otro; y si acaso los unos toparen enemigos que no basten á vencer, toquen uno su cuerno, y á la señal acudirán los otros en su ayuda. Yendo los cinco escuderos por su camino adelante, hablando en diversas cosas, el uno de ellos dijo: teneos, compañeros, que ó yo me engaño, ó viene gente. Y metiéndose entre una arboleda, que junto al camino se hacia, oyeron ruido; y mirando con mas atención vieron venir por donde ellos iban un gentil moro en un caballo ruano: él era grande de cuerpo, y hermoso de rostro, y parecia muy bien á caballo. Traía vestida una marlota de carmesí, y un al-

bornoz de damasco del mismo color, todo bordado de oro y plata. Traía el brazo derecho regazado y labrado, en él una hermosa dama, y en la mano una gruesa lanza de dos hierros. Traía una adarga y cimitarra, y en la cabeza una toca tunecí, que dándole muchas vueltas por ella, le servía de hermosura y defensa de su persona. En este hábito venia el moro, mostrando gentil continente; y cantando un cantar que él compuso en la dulce memoria de sus amores, que decia:

Nascido en Granada,  
Criado en Cartama:  
Enamorado en Coin,  
Frontero de Alora.

Aunque á la música faltaba el arte, no faltaba al moro contentamiento; y como traía el corazón enamorado, á todo lo que decia daba buena gracia. Los escuderos transportados en verle, erraron poco de dejarle pasar, hasta que dieron sobre él. Él viéndose salteado, con ánimo gentil volvió por sí, y estuvo por ver lo que harían. Luego de los cinco escuderos los cuatro se apartaron, y el uno le acometió: mas como el moro sabia mas de aquel menester, de una lanzada dió con él y con su caballo en el suelo. Visto esto de los cuatro que quedaban, los tres le acometieron, pareciéndoles muy fuerte: de manera que ya contra el moro eran tres cristianos; que cada uno bastaba para diez moros, y todos juntos no podían con este solo. Allí se vió en gran peligro; porque se le quebró la lanza, y los escuderos le daban mucha priesa; mas fingiendo que huía, puso las piernas á su caballo, y arremetió al escudero que derribára, y como una ave se colgó de la silla y le tomó su lanza, con la cual volvió á hacer rostro á sus enemigos, que le iban siguiendo pensando que huía, y dióse tan buena maña que á poco rato tenia de los tres los dos en el suelo. El otro que quedaba, vió la necesidad de sus compañeros, tocó el cuerno y fué á ayudarlos. Aquí se trabó fuertemente la escaramuza; porque ellos estaban afrontados de ver que un caballero les duraba tanto, y á él le iban mas que la vida en defenderse de ellos. A esta hora le dió uno de los dos escuderos una lanzada en un muslo, que á no ser el golpe en soslayo, se le pasára todo. El con rabia de verse herido, volvió por sí, y dióle una lanzada que dió con él con y su caballo muy mal herido en tierra.

Rodrigo de Narvaez, barruntando la necesidad en que sus compañeros estaban, atravesó el camino y como traía mejor caballo se adelantó; y viendo la valentía del moro quedó espantado,

porque de los cinco escuderos tenia á los cuatro en el suelo y el otro casi al mismo punto. El le dijo: moro vente á mí, y si tú me vences yo te aseguro de lo demas. Y comenzaron á trabar brava escaramuza; mas como el Alcaide venia de refresco, y el moro y su caballo estaban heridos, dábale tanta priesa, que no podia mantenerse; mas viendo que en sola esta batalla le iba la vida y contentamiento, dió una lanzada á Rodrigo de Narvaez, que á no tomar el golpe en su adarga le hubiera muerto. El en rescibiendo el golpe arremetió á él, y dióle una herida en el brazo derecho, y cerrando luego con él le trabó á brazos, y sacándole de la silla, dió con él en el suelo. Y yendo sobre él le dijo: caballero, date por vencido, si no matarte hé. Matarme bien podrás, dijo el moro, que en tu poder me tienes; mas no podrá vencerme sino quien una vez me venció. El Alcaide no paró en el misterio con qué se decian estas palabras, y usando en aquel punto de su acostumbrada virtud, le ayudó á levantar, porque de la herida que le dió el escudero en el muslo, y de la del brazo, aunque nó eran grandes, y del gran cansancio y caída quedó quebrantado: y tomando de los escuderos aparejo, le ligó las heridas: y hecho esto le hizo subir en un caballo de un escudero, porque el suyo estaba herido, y volvieron el camino de Alora. Y yendo por él adelante hablando de la buena disposicion y valentía del moro, él dió un grande y profundo suspiro, y habló algunas palabras en algarabia, que ninguno entendió. Rodrigo de Narvaez iba mirando su buen talle y disposicion: acordábase de lo que le vió hacer; y pareciale que tan gran tristeza en ánimo tan fuerte no podia proceder de sola la causa que allí parecia. Y por informarse de él le dijo: caballero, mirad que el prisionero que en la prision pierde el ánimo, aventura el derecho de la libertad. Mirad que en la guerra los caballeros han de ganar y perder; porque los mas de sus trances estan sujetos á la fortuna; y parece flaqueza que quien hasta aqui ha dado tan buena muestra de su esfuerzo, la dé agora tan mala. Si sospirais del dolor de las llagas, á lugar vais do sereis bien curado; si os duele la prision, jornadas son de guerra á que están sujetos cuantos la siguen. Y si teneis otro dolor secreto fiadle de mí, que yo os prometo como hjo-dalgo de hacer, por remediarle, lo que en mí fuere. El moro levantando el rostro, que en el suelo tenia, le dijo: ¿cómo os llamais, caballero, que tanto sentimiento mostrais de mi mal? El le dijo: á mí llaman Rodrigo de Narvaez, soy Al-

caide de Antequera y Alora. El moro tornando el semblante algo alegre, le dijo: por cierto agora pierdo parte de mi queja; pues ya que mi fortuna me fue adversa, me puso en vuestras manos, que aunque nunca os ví sino agora, gran noticia tengo de vuestra virtud, y esperiencia en vuestro esfuerzo; y porque no os parezca que el dolor de las heridas me hace sospirar, y tambien porque me parece que en vos cabe cualquier secreto, mandad apartar vuestros escuderos, y hablaros hé dos palabras. El Alcaide los hizo apartar, y quedando solos, el moro arrancando un gran suspiro le dijo: Rodrigo de Narvaez, Alcaide tan nombrado de Alora, está atento á lo que te dijere, y verás si bastan los casos de mi fortuna á derribar un corazon de hombre cautivo: á mí llaman Abindarraez el moro, á diferencia de un tío mio hermano de mi padre que tiene el mismo nombre. Soy de los Abencerrajes de Granada, de los cuales muchas veces habrás oido decir; y aunque me bastaba la lástima presente, sin acordar las pasadas, todavia te quiero contar esto.

(Se continuará.)

A. P. G.

Blancos diamantes,  
 Chispas brillantes,  
 Luces lejanas  
 Ténues y vanas  
 Como un sonido  
 Vago y perdido  
 Entre las sombras  
 De una ficcion  
 Tal tu mirada  
 Viva, abrasada,  
 Por vez primera  
 Brilla hechicera  
 Como el diamante  
 Puro y brillante,  
 En lo profundo  
 De mi ilusion.

FRANCISCO CASASNOVAS MIR.

CUADRADO DE PALABRAS.

SOLUCION DEL NUMERO ANTERIOR.

C O L A  
 O M A R  
 L A Z O  
 A R O S



TIPOS POPULARES.



LA VENDEDORA DE NARANJAS.

(Dibujo de D. N. Reste.)